

Mis ojos no te ven; te ve mi ensueño,
 y en quererte y mimarte pongo empeño.
 —«¿Qué es lo que quieres? ¡Tómalo, bien mío!
 Hoy abrigate bien. Deja que abroche
 tu ropón... Hace frío;
 es tarde: no salgamos esta noche.»
 Por probar que eres mía, tengo antojos
 de amo y señor á veces, y fingiendo
 malhumor, cariñoso te reprendo;
 mas, si arranco una lágrima á tus ojos,
 pidiéndote perdón, caigo de hinojos.

En el verano, á la hora en que desmaya
 el sol, y á su crepúsculo declina
 con traje de ligera muselina
 te sentarás en la remota playa,
 porque no hay cosa alguna
 para el esposo nuevo placentera,
 como llevar la hermosa compañera
 á gozar libre y lejos su fortuna.

¡Y pensar que mi vida
 está en desierta soledad sumida!
 ¡Y que quizás hoy mismo, entre la gente
 que pasa ante mi vista indiferente,
 brillen sus ojos, de celeste lumbre,
 y que yo no los vea, y nuevamente
 la arrastre la confusa muchedumbre!
 Acaso la vi ya, la encontré bella,
 y al pasar exclamé: «¡Gentil doncella!»
 Tal vez vayamos por la misma vía,
 y á pesar de mi anhelo delirante,
 sin vernos ni encontrarnos todavía
 vamos, ella detrás y yo delante.
 Y tal vez nada valga que algún día
 se cruce con su ruta mi sendero,
 porque ¿quién se propasa,
 cuando una virgen por su lado pasa,
 para decirle audaz:—«Sois la que espero?»
 Yo sé cuánto es penosa
 esa declaración. En mi camino
 encontré una mujer dulce y hermosa;
 creí que mi destino
 la esposa prometida me enviaba,
 y exclamé con aliento soberano:
 «¡Sois vos! ¡Sois vos!» Sin duda me engañaba,

pues retiró la mano.
 Desde entonces, callada, el alma mía
 contiene su ansiedad, y á Dios, que envía
 para el dulce himeneo de las flores
 el céfiro ó la rátaga, confía
 dar la nupcial corona á mis amores.
 A no ser que la muerte pavorosa
 que nuestros planes trunca,
 me haya robado, aún niña candorosa,
 la que naciera para ser mi esposa,
 y no habré visto nunca.

¡ADELANTE!

No es el goce logrado, es el deseo
 lo que nos aniquila en lucha estéril;
 la beldad de la estatua, la hermosura
 que nuestro anhelo conquistar no puede.
 Es la verdad, que á nuestro afán se esconde;
 el amor, que en el pecho oculto hierve;
 la virtud, cuya túnica severa
 algo del frío del sudario tiene.
 Es la ambición, que en su camino duda;
 la juventud, que pasa y desaparece
 sin ilusión, sin gloria ni alegría,
 sin dejarnos gozar sus dichas breves.

¡Oh delicia feliz de un amor puro,
 que limpio fluye sin amargas hieles,
 cual cristalino arroyo susurrante
 sobre un lecho de flores y de céspedes!
 ¡Oh dulce lobreguez de la cabaña
 que en la sombra las cúspides envuelven!
 ¿Acaso al soñador, como á un profano,
 están vedados tus tranquilos bienes?
 En la áspera carrera de la vida
 los dejamos pasar, y ya no vuelven;
 señala sus linderos la inocencia,
 quien esos lindes traspasó, los pierde.
 No desanda el camino quien persigue
 sueño falaz. Quizás llorando piense

en los goces ingenuos; pero el sueño
de una ventura incógnita le impele.
En la selva sin luz de la ignorancia,
cual las errantes ráfagas, va y viene!
el vano orgullo y la esperanza loca
«Anda, le dicen! ¡adelante siempre!»
Y desalado corre, mientras logran
la lucha sostener sus fuerzas débiles!
si detiene la marcha, es en la tumbal
si halla por fin la paz, es en la muerte.

¿PUES QUÉ? ¿NO ME QUERÍAS?

Viene su venturoso prometido,
y me oculto á su vista.
Ella viene también. Todos sus pasos
celoso espío, y tímida
esta queja no más brota del alma:
«¿Pues qué? ¿No me querías?»

Ya están juntos los dos: el jardín cruzan;
cogen rosas y lilas.
Al cogerlas, sus manos temblorosas
se juntan. ¡Ay!, ¿olvidas
que así se entrelazaron nuestras manos?
¡Oh, no, no me querías!

Él tiembla de placer; ella, dichosa
también, se ruboriza.
Su paso acorta la emoción intensa
de su ventura. ¿Olvidas
que así, juntos, vagábamos nosotros?
¡Ah, no, no me querías!

El murmura á su oído: «¡Cuánto te amo!
Apóyate, alma mía,
en mi brazo feliz. Deja que sienta
tu dulce peso.» ¿Olvidas
que con igual ternura yo te hablaba?
¡Oh, no, no me querías!

¡Cómo levanta las que loco adoro
triunfadoras pupilas!
En la sombra me ha visto, y se sonríe
con plácida sonrisa.
¡Tentadora cruel! Si no me quieres,
¿por qué, por qué me miras?

UNA CITA

En este oculto y regalado nido,
en que estamos, mi vida, los dos solos,
¡cuán dulce es olvidarnos de los hombres,
hallándose tan próximos!

Para gozar de la hora fugitiva
está de sobra el júbilo ruidoso;
no hace falta el estrépito: bajemos,
para hablarnos, el tono.

Temamos que su vuelo precipite
un ademán, una palabra, un soplo;
que un minuto perdamos del celeste
placer, que huye tan pronto.

Para sentir que esa ventura es nuestra,
y absorber y apurar sus goces todos,
estrechémonos trémulos y mudos
el uno junto al otro.

Inmóviles, los párpados caídos,
imitemos el místico reposo
de las estatuas que en los templos yacen
sobre el mármol mortuario.

Con sus trajes de gala revestidos,
la dama fiel, el paladín heroico,
cerradas las pupilas y los labios,
descansan silenciosos.

Unidos por enlace más sagrado
que los terrenos, quebradizos votos,
juntos cual ellos, graves y tranquilos,
durmámonos nosotros.

No nos abrasan las sedientas fiebres
ni el insaciable afán de un amor loco;
para unir nuestras almas, no hacen falta
nuestros labios ansiosos.

Ni á nuestro amor las fórmulas solemnes
para trocarlo en culto obligatorio;
ni siquiera hacen falta, para vernos
y adorarnos, los ojos!

Juramentos de amarte no me pidas.
Te amo: ¿qué más? No me preguntes cómo.
Sin juramentos vanos, disfrutemos
nuestro inefable gozo.

Gustemos, con las blandas emociones
que hacen brotar involuntario lloro,
la ternura que endulza y diviniza
los dolores más hondos.

En esta tregua plácida, el deseo
se apaga; son ensueños melancólicos,
cual la visión serena de la muerte,
los sueños amorosos.

Pensamos asistir al fin del mundo.
El universo, quebrantado y roto,
cual náufrago bajel, tiembla, zozobra
y se hunde poco á poco.

Del peso abrumador, ya nuestras almas
libres están; anonadóse todo.
La memoria se extingue, cual la nieve
que disuelve sus copos.

Toda la vida, jubilosa ó triste,
vemos fugaz evaporarse en torno.
Para los dos, encantadora mía,
queda el amor: ¡él solo!

¡Amémonos en paz! Todo está obscuro.
La última antorcha, en el ambiente lóbrego
muere también. Paréceme que estamos
del sepulcro en el fondo.

En el piélago inmenso de la sombra,
como después del último sollozo,
hundámonos, las manos enlazadas,
¡único bien que adoro!

Ha mucho tiempo bajo tierra estamos.
¡Escucha! ¿No percibes rumor sordo?
Al compás de los pasos, allá arriba,
tiembla el suelo sonoro.

¡Mira! Cual banda lúgubre de cuervos
que arrastra el huracán vertiginoso,
desaparecen rápidas las noches
del pasado remoto.

Y huye también de los alegres días
la blanca imagen, como alado coro
de albas cigüeñas, que emprendiera el vuelo,
el vuelo sin retorno!

Lejos del mundo, en que los dos sufrimos
de sino hostil los ásperos enojos,
¿quién á nuestros heridos corazones
da tan dulce reposo?

No sé por qué aventura misteriosa
ambos cerramos á la vez los ojos;
ni en qué cielos estoy, ni cuánto dura
esta dicha que logro.

Huyen de la memoria los sucesos
de la vida anterior tristes ó prósperos...
Que siempre te he querido: ese es el único
recuerdo que atesoro.

¿Qué bienhechor nos deparó este asilo,
de nuestro amor feliz tálamo y solio?
¿Qué himeneo triunfal puso tu mano
en mi mano de esposo?

¿Qué importa? ¡Oh dulce enamorada mía!
durmámonos tranquilos y dichosos,
para una eternidad por fin unidos,
y por fin, los dos solos!

LA GOTA DE NÉCTAR

SONETO

Sobre mares y montes y llanuras,
en un ánfora de ónice labrada,
llevaba Ganimedes la sagrada
ambrosía á las célicas alturas.

Cayó una gota al mar, y almibarada
quedó el agua en sus ondas más oscuras;
cayó otra gota, y por las auras puras
á los labios del hombre fué llevada.

Para él, aún de alma tosca y dura frente,
fué beso celestial, germen fecundo,
néctar dulce á la vez y llama ardiente.

Probado áquel licor, otro abomina;
y su suerte maldice, porque el mundo
nunca puede apagar su sed divina.

¡SOLO!

Cual manso arroyo, que su curso errante
desliza silencioso en la espesura,
es la felicidad. Quien de una amante
goza el favor, no ensalza su ventura.

¡Conocido rumor de un paso leve!
¡Fresco beso, que dan labios de rosa!
¡Suspiro que á exhalar no se atreve!
¡Acentos que no son verso ni prosa!

¿Qué voz dirá lo que inspiráis al alma?
Es tan dulce el amor y vale tanto,
que nunca pudo quien logró su palma
en tosca lira traducir su encanto.

Pero quien del amor en la porfía
jamás lograra coronar la frente,
cítara abraza inanimada y fría,
y le infunde el calor que inútil siente.

Busca en la gloria bienhechor olvido
de su dolor profundo,
y el huero corazón, jamás henchido,
como una inmensa copa, ofrece al mundo.

LA INSPIRACIÓN

Muchas veces los versos del poeta
nacen de una impresión, que, repentina,
allá en el fondo de su mente inquieta
los dispersos recuerdos avecina.

Nuestros sueños, la suerte caprichosa
rige, y brota el poema á sus antojos;
si despliega sus pétalos la rosa,
una dulce sonrisa ven mis ojos.

Si mi espíritu inunda su perfume,
aviva en él la mortecina llama
de antiguo amor, que el tiempo no consume,
y suspiros ó lágrimas reclama.

Si á mis pies, con sonoras vibraciones
se deslizan raudales turbulentos,
escucho en su rumor humanos sonos
que semejan sollozos y lamentos.

Si arrastra el vendabal las hojas muertas,
su errante marcha adivinar procuro,
y pienso que sus ráfagas inciertas
también me llevan al mañana obscuro.

Si el cielo cruza vaporosa nube,
su rumbo sigo con tenaz empeño,
y á la más alta esfera mi alma sube,
un ensueño enlazándose á otro ensueño.

Así á mi pobre Musa presta el mundo,
cuando sobre él mi espíritu resbala,
la inspiración feliz, soplo fecundo,
que nunca el arte iguala.

¡SI FUERA DIOS!

Si fuera Dios, la humanidad sería
buena, amante, feliz. Suprimiría
la muerte odiada y el postrar adiós.
No más tendrían, libres ya de enojos,
lágrimas de alegría nuestros ojos,
si fuera Dios.

Si fuera Dios, sin áspera corteza,
daría la feraz Naturaleza
opimos frutos; y del goce en pos,
iría el hombre, sin trabajo alguno
que le fuese enojoso é importuno,
si fuera Dios.

Si fuera Dios, ¡dulce ídolo del alma!,
desplegaría un cielo siempre en calma,
siempre limpio y azul para los dos.
Te daría, mi bien, cuando quisieres;
pero te dejaría tal cual eres,
si fuera Dios.

AQUÍ ABAJO

Aquí todas las flores se deshojan;
la voz del ruiseñor se apaga y muere...
yo sueño una florida primavera,
que dure siempre, siempre!

Aquí, si un labio roza nuestro labio,
no deja en él su aroma ni sus mieles...
yo sueño un beso interminable, un beso
que dure siempre, siempre!

Aquí, lamentan los mortales todos
amistades y amores que se pierden...
yo sueño dichosísimas parejas
dichosísimas siempre, siempre, siempre!

LA GOLONDRINA

¡Oh, tú, que subir al cielo
sin trepar al monte, sabes;
y á la hondonada profunda
descender sin despeñarte;
tú, que sin bajar al río,
en cuyos frescos raudales,
como no doble la frente,
no humedece el labio nadie,
bebes en las altas nubes,
fuera del humano alcance,
los átomos de la lluvia
aún dispersos en el aire;
tú, que rápida te alejas
al ver las rosas mustiarse,
y vuelves al nido cuando

otra vez las hojas abren,
fiel á las dos más hermosas
y dulces felicidades;
vuelo independiente y libre,
hogar seguro y constante!
Como tú, mi fantasía
sube al cielo y roza el valle,
siguiendo el inquieto rumbo
de tus alas incansables.

Si lejos volar ansia,
tamb'én el nido le place;
el anhelo experimenta
de tus dos mismos afanes:
la vida, errática y suelta;
fijo el amor é inmutable.

LAS HILAS

La noche es oscura y triste.
Juana, con los ojos fijos,
un trapo está deshilando
para los pobres heridos.

Ayer se ausentó su novio
en busca del enemigo;
todos los hombres de casa
con él también han partido.

El cañón próximo suena,
y á sus broncos estampidos,
pobres y hambrientos los pueblos
contestan: «¡No nos rendimos!»

Lentas van las horas: Juana,
después de un trabajo asiduo,
siente cansadas las manos,
y se duerme sin sentirlo.

Apenas su labor santa
el cansancio ha interrumpido,

oye llamar á la puerta
con golpes blandos y tímidos.

En el umbral una joven
aparece de improviso;
va enlutada; es rubia y pálida;
sus ojos, dulces y limpidos.

—«No temas, le dice; mira
la Cruz Roja, santo símbolo.
Quién soy y de dónde vengo,
al punto voy á decírtelo.

»Es Margarita mi nombre;
de allá, del Rhin, he venido;
amo á un valiente, á un patriota;
tus afanes son los míos.

»Nos hermanan nuestros años,
nuestras penas y delirios;
dejemos á los que luchan
rencores y odios inicuos.